CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

NUMERO 15. Jueves 23 de Mayo de 1839. 9 CUARTOS.

EL ESTUDIANTE.

EL CONCIERTO
DE LA
INCLUSA.

PROLOGO.

NOTA. Es de advertir que se va introduciendo la moda de los *prólogos* y *epílogos*, de tal manera que hay quien le pone *prólogo* á la cuenta del sastre, y *epílogo* al recibo del casero.

PERSONAGES.

MI CRIADO Y YO.

—Perico.... Muchacho.... Salvage....

—¿Qué manda V., Señor?

—¿Dónde estabas, maldito? que me estoy desgañitando á voces y no respondes.

—Me habia quedado ahí fuera medio dormido.

—Medio dormido á las diez de la mañana! Mira, Pedro, que te me vas haciendo muy jovellanista, y como sigas de ese modo saldrás de mi casa.

—No es tan estraño, señorito; que esta mañana cuando el sol salia aun no me habia yo acostado quitándole á V. del frac la mucha cera que trajo anoche.

—Te pareces tú á los empleados de España que alegan por mérito el tener destino, y llaman servicios á cobrar el sueldo. Me querrás hacer creer que fue esceso de celo lo que lo fue solamente de codicia. Vamos, la verdad, ¿á que has ido ya á vender la cera que traje yo anoche á cuestas?

—Cierto es, si señor; pero si con toda la bulla no ha llegado á cinco libras la que he podido arrancar.

—¡Y te parece poca!

—Para una funcion de tanto lujo y dispuesta por esos señorones bien poca le ha tocado á V. Mas llevan los canónigos de Sevilla cuando reparten el cirio de la Pascua.

—Vaya, no digas desatinos, y prueba con una cucharita la tinta de ese tintero.

—Probar la tinta, señorito! Pues qué! ¿trata V. de envenenarme?

—Perico: la tinta con que yo escribo nunca ha tenido veneno: eso se queda bueno para esas recetas que gastan en otras redacciones de periódicos como el *Guirigay* y el *Eco del Comercio*; pero á mí siempre me ha gustado usar para mi tinta de ingredientes que mas bien sean causa de no entenderse lo escrito, que de abrasar el papel mismo sobre que se escribe. Con que asi, prueba esa tinta te digo, y paladea para decirme á qué te sabe.

—*Uf!* tiene asi un gusto fuerte, y amargo como de hiel.

—Pues mira, échale un poco de agua tibia, y vuelve á probarla.

—Todavía amarga, señorito, ¿no sería mejor echarle azúcar?

—El azúcar produce el efecto de que lo que se escribe reluzca mucho y tenga poco cuerpo; especie de tinta con que algunos escriben los versos que leen en el Liceo, ó que insertan en ciertos periódicos, *llamados* literarios.

—Pues vaya otro poco de agua.... Ahora sabe así como á pimienta, ó cosa tal.

—Perfectamente: márchate allá afuera, y mira que voy á escribir: no empieces como sueles á mascullar el *Fr. Gerundio* en alta voz; que no parece sino que el pobre tiene destino de que casi todos sus lectores sean de los que leen en voz alta y mascullando.

EL CONCIERTO DE LA INCLUSA.

Hubo en Madrid en tiempos antiguos, allá en cierta época que pertenece ya á la historia, un proyecto filantrópico, filosófico y filarmónico, de dar un concierto á beneficio de los niños expósitos; niños que hoy dia de la fecha serán ya mozos talludos, cuando no barbados. Cuenta la tradicion que varios comisionados celosos, y tiernamente aficionados á los niños de la inclusa, espendian billetes para el susodicho concierto, que andando el tiempo y con el favor del cielo se habia de concertar; y yo, que por entonces ya habia nacido, sintiendo en mí cierta secreta simpatía y un vivísimo interés hácia aquellos desgraciados, con quienes sabe Dios qué especie de connotacion ó parentesco podrá tener cada hijo de vecino, no quise desoir la voz de la naturaleza, desembolsé mis sesenta realazos, y

tomé un billete, el cual ví que no solo daba entrada al futurísimo concierto, sino ainda mais *apcion* á una rifa: *opcion* se dice ahora, pero en aquellos ya pasados tiempos, en que los billetes se imprimieron, debia de escribirse *apcion*. Fueron dias y vinieron dias, y muchos de los que pensaban cantar y tocar en el concierto se hicieron viejos, y otros perdieron la vista, y otros perdieron la salud, y otros la voz, y todo el mundo la paciencia: hubo guerras en Mégico, y alborotos en Inglaterra, y turbulencias en Francia, y cambios de gobierno en España, y..... es cuanto hay que decir..... el monumento erigido en honor de las víctimas del dos de mayo de 1808 es posterior al proyecto del concierto..... Hasta que al fin uno de estos últimos dias apareció en el *Diario de avisos* un aviso que nada avisaba, sino que se iba á verificar el concierto; pero sin señalar dia ni hora. Nosotros, sin embargo, los poseedores de billetes, acostumbrados como españoles á semejantes informalidades é inexactitudes, nos contentamos con ir tomando lenguas y averiguar, aunque dudosamente, que el concierto seria en la noche del sábado 18 del corriente mes. Yo entonces me dediqué á buscar legajos antiguos, y revolver papeles viejos, has-

ta que al fin vine á encontrar todo empolvado, apolillado y roido de ratones el arqueológico billete que habia tomado allá en mis mocedades: púsemele en el bolsillo, y me dirigí en la noche citada al salon de Villahermosa. Allí me dieron á la entrada un impreso, cuyo título decia: «*Programa del concierto vocal é instrumental que ha de celebrarse, en beneficio de los niños expósitos, el sábado* 18 *del corriente á las* 8 *de la noche.*» Recapacitando despues, he visto que fué bien hecho el llamarle *vocal*, porque tuvo muy poco de *consonante*; como tambien el advertir que *se habia de celebrar*, porque sin esa advertencia habria sido muy poco probablemente lo que el concierto se hubiera celebrado. Al entrar yo en el salon acababa de llegar la augusta Gobernadora; y un coro del maestro Iradier, que los inteligentes calificaron de bueno, entonaba la siguiente letra:

"Ven ¡oh reina! á tus plantas de hinojos
lloraremos, si el canto halla fin;
ven, que el llanto que viertan los ojos
bendiciones traerá sobre tí."

Confieso que, ni oyéndolo ni despues de leido, he llegado á comprender bien claramente el

sentido de esta letra; pero aun mayor fué la confusion de uno que á mi lado estaba; el cual, al oir aquello de *tus plantas de hinojos*, decia muy sofocado: pero, señor, ¿no le hubiera estado mejor al poeta hablar de plantas de albahaca, plantas de claveles, ú otra yerba ó flor mas fina y agradable que la del hinojo? Se conoce, le respondí yo, por esa y otras cosas, que mi amigo no tenia muy bien templada la lira cuando hizo tales versos; porque, ademas de ser muy poco cantables, abundan en conceptos obscuros, y tienen hasta la repeticion de la palabra *lejiones* en dos estrofas, que no siendo de propósito, es imperdonable en uno de los poetas mas fecundos que hoy florecen en España.

Seguí leyendo mi programa, y sin detenerme á averiguar quien era Ugo de Pasigi, ni por qué siendo solteras todas las señoritas cantantes se daba á algunas el tratamiento de señoras, fijé mi atencion en unas variaciones de arpa, que se anunciaba habria de tocar *la señorita de Caton*.

Esta noticia nos llenó á todos de confusiones, porque nadie podia presumir que al cabo de tantos siglos estuviese tan antigua *señorita* en disposicion de tocar el arpa, no obstante su admirable longevidad. No puedo pintar el ansia con

que yo me dí á esperar el feliz momento de ver y conocer á la hija de aquel célebre romano, dudando mucho si el Sr. Caton, padre de la arpista, seria *el censor*, de quien no dice la historia que tuviese mas que un hijo, ó tal vez su bisnieto el famoso Caton de Útica; pero de todas maneras la antigüedad del proyecto del concierto se probaba en el mero hecho de haber contado para que tocase en él con una *señorita* romana de tiempos anteriores á la venida de Jesucristo.

Nuestra impaciencia tuvo que pasar primero por la dura prueba de haber de oir antes otras muchas piezas vocales é instrumentales, en que se lució como en todo la buena disposicion del concierto, por mas que quiera decir alguna que otra lengua maldiciente. Criticaron algunos, por ejemplo, el que ni un solo tenor cantase, como si fueran muebles de tan indispensable necesidad los tenores, que sin ellos no pudiera haber música absolutamente. Dijeron otros que el piano en que tocó unas variaciones la señora condesa de Campo-Alange era de muy malas voces y de afinacion ni mala ni buena, porque no tenia ninguna; y no advirtieron los mordaces que asi tuvo mas ocasion de lucirse la habilidad de aquella Señora, quien, cuando tal primor de ejecucion

mostró en tan mal instrumento, ¿qué no hará en un piano bueno y bien templado? Se conoce que llevados los directores de esta idea quisieron que en la misma dificultad de los medios resaltase el mérito de las señoras, y por eso tambien á los coristas que acompañaron en el ária de la Ipermestra á la Señorita Campuzano les hubieron de dar el encargo de que desentonáran todo lo posible, como en efecto lo hicieron. No faltaron tampoco oidos descontentadizos que hallaron en la voz de la Señorita Canga señales del mucho tiempo que ha pasado desde que se supo adquirir su reputacion de buena é inteligente aficionada; es una habilidad la del canto que no puede ejercitarse largos años; pero forzoso es confesar que por el tiempo en que se empezó á anunciar el concierto, estaba en todo su vigor y fuerza la voz de esta Señorita.

Llegó por fin el momento en que todo el mundo esperaba á la hija del célebre Caton: los ojos se fijan en el tablado, y aparece una figura que por su trage, por su estatura, por su conformacion, por sus facciones, y últimamente por sus barbas, nada tenia de femenino y mucho menos de Señorita.—¡Qué varonil es la hija de Caton! decian unos; otros preguntaban ¿por qué

la habrán vestido de pantalon y frac? ¿En qué consiste, decian otros, que no le traen el arpa? El poco fundamento de tales observaciones se puso en claro cuando oimos que ni antigua ni moderna, ni romana ni española era de señorita la figura aquella, sino de un buen Sr. tal de Navarro que espontánea y extra-programáticamente tocó el piano. En seguida fué cuando verdaderamente se presentó á tocar el arpa una linda jóven, que lo hizo con singular maestria y gracia, pero no, señores, no era la hija de ninguno de los Catones, como el programa decia, sino la Señorita de Eaton, joya preciosa que por via de préstamo y especial favor, ha recibido del Misissipi el Manzanares.

De las demas particularidades no hay necesidad de hablar: baste decir que tan embebecidos estábamos todos, que nadie echaba de ver la lluvia de cera que de todas las arañas caia sobre los espectadores. No se pudo traer á cuento allí el dicho vulgar de *no hay mas cera que la que arde*, pues habia ademas la que llovia: hombre hubo, y entre ellos un servidor de VV., que salió convertido en cirio, siendo pávilo su cuerpo, y llevando toda la superficie de él cubierta de gruesas capas de cera: tal era la profusion y lujo del

alumbrado, que ni siquiera se pensó en la mezquina costumbre de recoger en arandelas las gotas de cera que hubieran de desprenderse.

Para mas amenizar la funcion y poner á prueba la bondad de la amable regente del Reino, que con su presencia honraba la fiesta, hubo tambien ejercicios y suertes de *destreza* y de *torpeza*: los primeros ejecutados por dos robustos gallegos que en lo mejor de la funcion se descolgaron á la cornisa, y anduvieron evolucionando para haber de abrir algunas de las ventanas altas á martillazos. Al parecer nadie habia previsto que en un salon donde respiran mil personas y arden algunos centenares de luces, se necesita ventilacion; y si esto se previó no se discurrió otro medio mas sorprendente ni menos arriesgado que el de poner gallegos á gatear por la cornisa.

En contraposicion de aquellas que yo llamo suertes de *destreza*, ejecutó tambien las suyas de *torpeza* el comisionado para la ejecucion de la rifa: dijeron unos que era médico; mejor trate á sus enfermos que trató á la concurrencia; otros me aseguraron que era un cesante de loterías; si es asi, bien cesante está. Aunque hablando fuera de chanza, á la rifa no le faltó otra cosa que

formalidad, exactitud, claridad, y publicidad: entraron las bolas en el globo como Dios quiso, salieron á trompicones; se proclamaron mal los números y con voz poco inteligible; se trastornó el órden establecido en las suertes; unas veces se nombraron los objetos rifados y otras no. De aquí nacieron tan chistosas equivocaciones, que yo entre otros creí haber oido asignado al número de mi billete *un tiesto de china con un rosal*, y al dia siguiente me encontré con que en una lista del resultado de la rifa formada no sé por quien, se me adjudicaban *unas babuchas bordadas*. Hice mi reclamacion y se me contestó que me habria equivocado; lo cual no deja de ser una respuesta satisfactoria: verdad es que no se me esplicó el método del sorteo ni el de la lista; verdad es que no se me careó con el que la habia fraguado; verdad es que no se me puso delante otra persona que reclamase la alhaja que yo pedia; verdad es que hasta estas fechas me aseguran que no se ha presentado quien la reclame, pero todos estos son escrúpulos de monja que yo supe acallar con mi resignacion, ó mas bien con mi respeto á la circunstancia de ser señoras y no hombres quienes andaban en el ajo: si hombres hubieran sido, yo

me habria tomado el trabajo de explicarles la significacion de la palabra *público*, y el delicado esmero que conviene usar con los impertinentes como yo en asuntos como el de la rifa. De todos modos, yo recomiendo al señor ministro de Hacienda para cuando vaque la plaza de director de loterías al buen señor que con tal primor y tan á satisfaccion de todos desempeñó la rifa del concierto. En cuanto á mis *babuchas* me era demasiado apreciable la mano de la señorita C. V., que las habia bordado, para que yo las desairase. Quedaron, pues, depositadas en mi cómoda en sitio privilegiado; y sobre la tapa de una caja de carton en que las encerré, escribí *cálamo corriente*, y para memoria eterna esta inscripcion:

Aun mas que la suerte, fuerte,
pues que la suerte trocó,
estas *babuchas* me dió
un ministro de la muerte.
Mas mi suerte hizo de suerte
que se volvió en mi interés,
cuando el resultado es
que yo puedo ver ufano
labor de tan linda mano
como se pone á mis pies.

Y tú, médico trapaza,
que mi fortuna equivocas,
y á risa á todos provocas
con esa torpe hocaza;
pues arrojando *babaza*
voces y suertes achuchas,
te juro como lo escuchas
que, con equívoco y todo,
desde hoy por eterno apodo
te pongo *el doctor babuchas*.

NOTICIAS VARIAS.

En Valencia desórdenes, alborotos, tiros, algunos nacionales de la ciudad y del Grao contra la tropa: la jarana principió en la madrugada del dia 18; resultó muerto un ayudante de plaza en los primeros momentos, y despues lo fueron otros, y hubo varios heridos. No se sabe á punto fijo el *gran plan revolucionario*. El *Eco del Comercio* dice muy sério, que no han sido los

alborotadores de los llamados *progresistas*: yo me adhiero á esta opinion, y anuncio desde ahora á todas las compañías de la milicia sublevadas, que apoyado en la autoridad del *Eco*, á todos sus individuos los califico de retrógrados: veremos si ellos se conforman, Sr. *Eco*.

Mas abajo dice el mismo periódico, que la noticia de que se iba á reformar el ministerio con personas retrógradas habia contribuido á la insurreccion; es decir, que esta fué contra los retrógrados y no promovida por los progresistas: conciértame estas medidas.

—El ministerio *tory* de Inglaterra no llegó á organizarse: el motivo ó el pretexto ha sido no consentir la reina que se separasen algunas señoras de su servidumbre. No es cierto que semejante remocion casi sea un derecho de los ministros ingleses, como pretende el *Correo nacional*, con su acostumbrada inexactitud: basta leer los periódicos ingleses para conocer que es solo una costumbre muchas veces no observada la de hacer voluntaria dimision las personas de la servidumbre de palacio, que no andan acordes en ideas con el ministerio nuevo cuando este cambia.

PESADECES PERIODISTICAS.

Uno de los usos de los periodistas que mas me incomodan, es aquel machacar cuando se acerca el fin del mes para recordar á los suscritores de las provincias que renueven á tiempo la suscricion si espira el término. A fé que yo no les he de decir á los mios una palabra.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Se suscribe á este periódico en Madrid en las librerías de las *Viudas de Paz y de Cruz*; y en las provincias: Alicante en la de *Carratalá*; Badajoz, *Viuda de Carrillo*; Bilbao, *García*; Burgos, *Arnaiz*; Coruña, *Perez*; y en los demas puntos del reino, Canarias, Puerto-Rico y la Habana en *las administraciones de Correos*.

PRECIO DE SUSCRICION.

Para Madrid, llevado á la casa de los señores suscritores, por un mes. . . . . 8 rs.
Para las provincias, franco de porte, por idem. 10

EDITOR RESPONSABLE GERONIMO CACHAPERO.

MADRID: IMPRENTA DE D. T. JORDAN.